

[...]

MI CERTEZA de haberla encontrado era tan nítida, que apenas volvió Hermelinda del chino con la Inca Cola tamaño familiar y se dispuso a servirla, cerré un momento los ojos en un acto de complicidad conmigo mismo. Y de complacencia.

–Señorita –oí que le decía mi hermana–, usted sabrá disculpar la sencillez...

Yo la había mirado con una intensidad engeguecedora . Y al apretar los párpados en esas fracciones de minuto, me sentí como en un cuarto oscuro para revelar fotos. Todo se me presentó en negativo. Vi el espacio del color de su pelo y su pelo del color del espacio. Vi el planchador forrado con seda violeta y sus senos cubiertos de telas baratas, ropas y retazos de colorines. Vi sus manos de la tonalidad del acero y la plancha del tibio color de sus manos, que adiviné diestras. Vi su carne, don Lope, por todas partes, difuminando las imágenes anteriores, su carne tierna, succulenta, y la deseé más de lo que hubiera creído que alcanzaba la fisiología para ello. Me acometió la comezón como era lógico e hice lo imposible por mostrarme sereno. Y entonces la vi trastornada y noté que un escalofrío atravesaba longitudinalmente mi cuerpo.

Serafín Churunga, volví a pensar antes de reabrir los ojos, ese sí que es brujo de los buenos. Me lo había dicho claramente la tarde de mi santo mientras yo, escéptico, me estaba apiadando de sus exageraciones de adivino melifluido urgido por parar la olla de mujer y cinco hijos (más los ilegítimos, que luego me enteré que eran cuatro).

–Llegará un buen día de verano, copista Castro, cuando menos te la esperas y justo hayas salido. Volverá, te partirá el alma en dos como un rayo. Pobre, como si te estuviera viendo. Quedarás deslumbrado, se te caerá la baba igual que a los chiquitos que van por primera vez al circo...

Y esa misma noche, me pregunté si sería prudente contárselo, tal cual, a mi compadre Celestino. Porque hay momentos en la vida, Maestro Burano, pocos, muy pocos, quizá no lleguen ni a tres, que sacuden de una sola descarga todas nuestras previsiones.

Apenas abrí los ojos, percibí que ella había empezado a observarme. Me incomodó la dureza de mi miembro enhiesto y rebelde y destilando algo fuera de lugar y momento , y la comezón de las rodillas me hizo tambalear el ánimo, pero logré reponerlo como un resorte que vuelve a su posición original. No podía regalarle así porque sí el dominio de la situación, Maestro, por preciosa y altiva que fuera. Estamos en un país de hombres, además, aunque solo sea formalmente. [...]